

to es también de Dios. La Eucaristía, bajo este nuevo respecto es el centro á donde converge todo lo existente. Converge Dios; converge el hombre; converge la creación entera. Converge Dios, irradiando sobre su Hijo sacramentado los eternos esplendores, señalándolo en todo momento como á Hijo amadísimo en quien tiene sus agrados, y abriéndolo con los infinitos portentos que en su obsequio obra cada día. Converge el hombre, recibiendo del Sacramento la vida y la inspiración, el consuelo y la dicha, el fervor y la pureza; y el sacerdote que le ofrece en sacrificio, como el simple fiel que devoto á él asiste; y el sabio que estudia el dogma del Altar, como el poeta que le ordena rimados versos; y el artista que modela pasajes eucarísticos, como el músico que en su obsequio hace vibrar el instrumento; y la virgen que diariamente come el Pan sagrado, como el campesino creyente que le recibe con menos frecuencia, pero con no menos fe: todos, todos convergen á Jesucristo Sacramentado. Converge también la creación entera. Lo he probado ya en el tomo II de esta Obra: la ciencia y el arte, la industria y el progreso, hasta la humilde flor del campo, vestida de carmín y exhalando esencias puras, todo converge al Sacramento. ¡Qué consonancias tan perfectas entre el Criador y la criatura! Mas, ¡qué inmensos horizontes no se descubren á la vista del cristiano que sabe examinar tanto portento!

9. Jesucristo en el Sacramento tiene perfecto derecho á que seamos todos suyos por razones poderosísimas. El hijo no es de la madre, únicamente por ser concebido por ella, sino también por ser nutrido de su substancia. La nodriza es verdadera madre; el hijo á quien lactara le pertenece en cierto modo, y añadido en cierto modo, pues le pertenecería aún más si en efecto perdiera á su madre legítima. Ahora bien: el cristiano, ¿no se nutre de la substancia purísima de Jesucristo? ¿no chupamos, en frase del Apóstol S. Pedro, la leche riquísima cuando nos acercamos al altar santo? Jesucristo Sacramentado es, permítaseme la frase, verdadera nodriza común de sus redimidos, aquilatando su oficio el

amor acendrado con que lo desempeña. «Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida». Por consiguiente, somos de Jesucristo Sacramentado.

En general pertenecemos á aquél que nos sustenta. El siervo, el obrero, mientras reciban del amo ó patrono el sustento, le pertenecen; sin perder su libertad están incondicionalmente á sus órdenes. ¿Y qué es lo que hace el cristiano durante toda su vida sino recibir de Jesucristo el mantenimiento del alma, el Pan de los fuertes? Luego, aun sin perder nuestra preciosa libertad para desenvolvemos dentro de la esfera del bien, pertenecemos á Jesucristo Sacramentado; debemos estar incondicionalmente á sus órdenes. El sacrificio corporal ó moral que el patrono impone al obrero, no lo exige Jesucristo de nosotros; podemos ser suyos sin que nos cueste tanto; basta que tengamos voluntad decidida para practicar lo que Él nos manda.

Nos llamamos de aquél que nos favorece con sus socorros, con su apoyo y hasta con sus ofrecimientos. Nos avergonzaríamos en extremo de no saber ser suyos en los momentos precisos ú oportunos. Pero Jesucristo Sacramentado, juntamente con su Carne y Sangre, nos da toda clase de bienes del cielo, la tranquilidad y serenidad del espíritu para mejor obrar, el gozo del alma que vale más que todos los tesoros de la tierra, y con estos dones nos ofrece también lo indispensable para el sostenimiento de las cargas de esta vida, pues nadie que en verdad ame á Jesucristo, perece.

Somos de aquél, finalmente, que cambia con nosotros sus impresiones, los secretos de su corazón, las amarguras de su alma; somos realmente de nuestros verdaderos amigos. ¿Y quién mejor amigo que Jesucristo Sacramentado, el cual está dispuesto á todas horas en el Sagrario para ser nuestro confidente, serenar las tempestades de nuestro espíritu, aliviarle de sus penosas cargas, levantarle de su abatimiento y devolverle el gozo primitivo? *En adelante seréis mis amigos, dice. Soy el pan que sustenta el corazón del hombre, y el vino que alegra su espíritu.*

10. Con pertenecer á Jesucristo Sacramentado, se nos siguen copiosos bienes y privilegios honrosísimos. ¿Cuáles sean éstos? En primer lugar somos sus hijos y, en calidad de hijos, sus herederos. ¡Cuán grande es el Hombre Dios, considerado desde este punto de vista! Padre de todos los cristianos, para significar gráficamente esta ternísima condición suya, instituye el Sacramento Santísimo, en el que todos los fieles caben, ya que por un lado es pozo sin fondo de aguas vivas, y por otro Manjar único que se da á todos sin división, ni disminución levísima. El cielo, que es suyo, que creó para su gloria, con todo su bello contenido, especialmente Él, que le alumbra y alegra, es la herencia eterna que ha de caber á sus fieles discípulos, la que dará á todos igualmente entera sin disminución de goces. En prueba de una realidad semejante se nos otorga en el Sacramento como prenda de la gloria venidera (1). ¡Qué bellezas!

Y porque le pertenecemos, no sólo somos sus hijos, si que también sus caros amigos. ¡Amigos de Jesucristo! ¡Amigos de Dios! El católico que en presencia de estas sencillas reflexiones no se siente grande, más grande que sus pasiones, mucho más grande que las humanas miserias, puede creer que ó ha perdido la fe ó desconoce por completo su Religión. No hay mejor amigo que el que da su sangre por la de sus amigos, (2) y Jesucristo la dió una vez en la cruz, y desde el Sacramento nos brinda con la misma todos los días. ¡Ah! nosotros seremos sus amigos si practicásemos lo que Él nos ha mandado (3). ¡Cuánto se afana, cuánto se humilla hasta lo increíble el hombre pequeño por hacerse amigo de algún poderoso, de algún influyente, que quizá podrá ser al propio tiempo un malvado, un mal amigo! Y para conservar esa amistad efímera, lograda á cambio de tantas fatigas, ¡cuánto no se sufre, cuánto no se sacrifica! Sin duda no nos pide tanta humillación Jesucristo Sacramentado, para que nos constituyamos sus amigos. Recíbidle y

(1) Oficio del Corpus.

(2) I, Joan. III, 16.

(3) Joan. XV, 14.

sedle fieles en vuestras bautismales promesas, que esto os basta.

Pero, ¿qué más? Con pertenecer á Jesucristo Sacramentado estamos identificados con Él. Al llegar á este lugar crece la admiración, el espíritu se pasma, reconociendo que sólo el Hombre Dios puede obrar maravilla semejante. «Si quieres vivir, oh cristiano, del espíritu de Cristo, ha dicho el Agustino, hazte cuerpo de Cristo». Mas ¿cómo? «Llégate; cree; incorpórate para que seas vivificado» (1). Luego por el mero hecho de participar debidamente de Jesucristo Sacramentado recibimos su vida y nos identificamos con Él. *Unum corpus multi sumus*. Entre todos los cristianos que recibimos el Sacramento formamos un solo cuerpo con Jesucristo, pero un cuerpo viviente, purificado, santificado, excelso, divino. ¡*Oh vinculum unitatis!* exclama el Agustino. Jesucristo pudo haber fundado su Iglesia para que los alistados en ella formasen un solo cuerpo con la propia Iglesia, aunque independientemente de Él; mas no, esto era muy poco para su amor. El vínculo de unidad pensó establecerlo entre Él mismo sacramentado y los que perteneciesen á la Iglesia, á fin de que, viviendo en apretado lazo, recibieran los cristianos mayor influencia, mayor defensa.

11. Ved aquí cuáles sean los copiosos frutos y los privilegios honrosísimos que se nos siguen de pertenecer á Jesucristo Sacramentado. Y puesto que debemos pertenecerle para siempre, ¿por qué nos desviamos del Sagrario para buscar apoyo y protección en otra parte? ¿Acaso la influencia de los hombres es más eficaz que la de Jesucristo? La única liga que el católico debe establecer en esta vida es con Jesucristo Sacramentado; y en Jesucristo Sacramentado podrá, si preciso fuere, formarla también con los hombres probos para nobles y ortodoxos fines. Lejos, pues, del cristiano, todo pacto político, insano y degradante. Repito; no somos de los hombres, ni para los hombres; ¿á qué vienen, pues, esos compromisos políticos humillantes, repulsivos, antica-

(1) Tract. 26 in Joan., post med.

tólicos y por consiguiente antipatrióticos, ya que, en verdad, al menos en nuestra Patria, toda acción anticatólica es antipatriótica? Es menester despertar, y persuadirse á fondo de lo que es nuestra profesión cristiana, de su sublimidad é independencia mundana. En este sentido el Catolicismo es el más liberal que pueda conocerse. Permanezcamos atados á la Ley de Jesucristo; seamos suyos; y todo lo demás se nos dará por añadidura.

¡Gran Dios, que con mirada penetrante velas desde el Sagrario sobre nosotros! Que el que esté separado de Vos se una á Vos en espíritu y verdad. Que el que con Vos esté unido jamás de Vos se separe, para que así luchemos temporalmente contra nuestros adversarios, con la esperanza de obtener en el cielo la más completa de las victorias. Amén.



DISCURSO XIII

*La conducción solemne del
Santísimo Sacramento por la vía pública,
es el triunfo del Catolicismo sobre
la impiedad.*

*Ambulabo inter vos et ero Deus vester.
Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios.
LEVIT. XXVI, 12.*

1. «Salta de gozo, y entona preciosos himnos de alabanza, casa de Sión; canta Israel: alégrate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén, puesto que se muestra grande en medio de ti el Santo de Israel: Él te salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará por su amor y se regocijará sobre ti con loor». Con estas festivas demostraciones de entusiasmo y sumergidos en éxtasis divino, se expresaban Isaías (1) y Sofonías (2), aludiendo á la Iglesia santa que había de poseer dentro de sus inmensos muros al Hombre Dios Sacramentado. Desde su pobre y dismantelada vivienda, como quien observa por detrás de límpidos cristales, columbraban aquellos vates, la Encarnación del Verbo y su presencia sacramental en la Iglesia; y al divisar misterios tan portentosos como en Ella realizarse debieran, y al rastrear la inefable gloria que por ellos debía caberla y el gozo supremo que colmarla debería, prorrumpan en frases

(1) Isai. XII, 6.

(2) Soph. III, 14.